

MIRADOR

Colosio: la circularidad de la muerte

Sergio González Rodríguez

► El momento de la muerte representa uno de los grandes temas de la iconografía, no sólo periódica, sino, en general, de la historia del arte. Basta recordar las representaciones milenarias de la pasión y muerte de Cristo, por ejemplo, el *Cristo muerto* de Mantegna, del siglo XVI. O bien, en el plano secular, *La muerte de Marat* de Jacques-Louis David, pintada en el siglo XVIII.

En México, resulta inolvidable la fotografía que expone el cuerpo yerto de Emiliano Zapata rodeado de curiosos, después de la celada que lo aniquiló en 1919, joya del Archivo Casasola.

Si hay una imagen funeraria que, por su dramatismo, cierra un ciclo y condensa en sí misma el significado integral al que refiere, es la que registra el asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio.

En este caso el punto de referencia es todo un sistema político que, al presenciar la muerte del candidato del Partido Revolucionario Institucional en 1994, alcanzó el límite de un dominio de cerca de siete décadas.

Tal imagen constituye un reflejo contundente de la podredumbre de nuestra esfera política. Recuerda aquella frase del dirigente sindical Fidel Velázquez, que definió la ética fundamental de su partido, el PRI: “a balazos llegamos, y a balazos nos sacarán”.

En dicha imagen está el juego de las posibilidades, que comienza con el hecho mismo del magnicidio: en la verdad oficial, un asesino solitario logra burlar la caótica vigilancia en torno del candidato y lo aniquila a mansalva. Desde las pesquisas que rehuyen la idea anterior, el juego de las posibilidades comenzó antes y terminó después del instante crucial, en la orquestación del crimen y en el acuerdo para borrar las huellas en torno a éste.

A la imagen, traumática como pocas, le antecede la pregunta: ¿quién mandó asesinar a Luis Donaldo Colosio? En un país que, como México, padece un índice de impunidad casi total en

términos estadísticos, la sencillez se expresa a plenitud: cualquiera pudo matarlo, nadie requería de un mandato concertado.

Sin embargo, la premura oficial por cancelar la incontenible marea de preguntas terminó por revelar manipulaciones, ocultamientos, contradicciones e infundios de las autoridades que minaron su propia versión. A cambio, creció la pregunta: ¿quién mandó asesinar a Luis Donaldo Colosio? A la fecha, a la luz de los hechos y las explicaciones, nadie sensato niega la pertinencia de esta pregunta de cara al canibalismo de algún grupo de poder frente a otro.

El crítico de arte Hal Foster ha detectado un signo propio de las sociedades contemporáneas: la tendencia a reiterar contenidos traumáticos, como si la exactitud de una imagen trágica dependiera, para vencer la incredulidad pública ante lo fáctico, de su reiterada exposición.

En una realidad acostumbrada a fabricar imágenes artificiales, lo imaginario y lo simbólico se unirían para contrarrestar el peso insostenible de lo real. A esta tendencia el crítico la denomina “ilusionismo traumático”. La fotografía del candidato muerto sería algo convergente y, al mismo tiempo, peculiar: un documento que rechaza cualquier ilusión.

Producto del fotoperiodismo ortodoxo, la imagen compulsiva de Luis Donaldo Colosio caído en la tierra arisca de Lomas Taurinas, en Tijuana, frontera con Estados Unidos, circuló una y otra vez, gracias a las agencias internacionales, a lo largo y ancho del mundo, e implica una lección canónica sobre la teoría del momento preciso, de la instantánea objetivista que lleva a los ojos de los lectores el episodio remoto que se vuelve íntimo, impactante y, acaso, instructivo en términos morales.

Fotografía: Archivo del periódico *Excelsior*

Lomas Taurinas, Tijuana, 1994

Transmite, también, el signo del miedo, consustancial a los magnicidios. Si un prohombre del gobierno pudo ser víctima de un asesinato vil, ¿qué puede esperar cualquier persona en el espacio público?

La imagen del asesinato de Luis Donaldo Colosio puede leerse como una suerte de virus icónico, cuyo efecto fue extender, aparte del miedo colectivo, la percepción de la violencia creciente y generalizada en la sociedad y el ahondamiento de diversos mensajes: la política es para los que saben de ella, el poder invisible domina por encima y a través de lo aparente, la democracia en México es una impostura...

Por desgracia, lo acontecido desde 1994 hasta la fecha ha dado cuenta de la eficacia de aquel virus icónico, muestra simple de la realidad de la que proviene.

O, mejor dicho, la imagen de Luis Donaldo Colosio, asesinado en medio de sus guardias, con el rostro sereno y al mismo tiempo dolido, el cráneo abierto, la sangre y los restos de cráneo a su alrededor, sobre la piedras y el polvo, las manos ávidas de los que quieren ayudarlo, ya exánime, refleja, por su circularidad mortuoria, el pasado, el presente e incluso el futuro, de persistir el mismo juego de posibilidades, de todo un país. Este país. ~